

Punición autoinfligida

Rodolfo Segovia



Perseguir con ahínco revertir el cambio climático es admirable. Cuando se gobierna, sin embargo, no se puede sacrificar la vida en pequeño por salvar la vida en grande, sobre todo cuando es mínima la contribución de la pequeña a la salvación la mayor. En estos asuntos, el ser ideológicamente obcecado es la madre de la perdición. Ahí se está, y es una lástima porque según afirman publicaciones internacionales, entre ellas *The Economist*, América Latina está en vías de convertirse en gigante petrolero de nuevo durante esta década (con nuevos países productores). Y otra vez a Colombia la dejará el tren. Lo ha perdido tantas veces en doscientos años de vida independiente que ya no va quedando ni estación.

Colombia debe, por su-

puesto, sumarse a la lucha climática. El cuidado de los bosques, el impulso a las energías alternativas y la producción de metales que contribuyan a la transición energética son instrumentos legítimos. Lo que no es legítimo es condenar colombianos a la pospobreza en el corto y mediano plazo desestimulando la explotación de hidrocarburos. Sobre la torpeza de esa decisión, y lo males para Colombia, se ha escrito bastante y convincentemente, y habrá que seguir haciéndolo. Lo que quizá no resulta del todo claro es que el principal escollo para enmendar la plana es Irene Vélez, la ministra inamovible de hidrocarburos por ser hija de Hildebrando, de quien se dice que tiene relaciones *non sanctas* e importantes para el Gobierno. Saque usted su conclusión.

Don Sancho, el héroe de Bocachica en 1697, opina que cuando Felipe II negó a los holandeses la sal de los depósitos lusitanos para su industria del arenque convirtió una rebelión en revolución



Antes era porque las trasnacionales se robaban el crudo, y ahora que ya no se puede decir que se lo roban, no lo quieren. ¡Quién entiende a la extrema izquierda! Ahí se está”.

que costó todo el oro de América. ¡Cómo es de sencillo autoflagelarse! De ninguna manera es aconsejable, pero el imperio tenía al menos metales preciosos. Colombia cuenta apenas con camas de hotel. No que la idea turística sea mala, el desfase surge porque la realidad se demora en alcanzar al relámpago de la retórica. Ahí se está.

Y mientras tanto, Ecope-

trol, ese orgullo y propiedad de miles de colombianos, camina mansamente hacia el matadero. Una lástima porque, como señalan observadores extranjeros, es una de las muy pocas compañías de petróleo serias y con tradición en América Latina.

Por ello duele tanto la descomunal pérdida de valor, medible por el mercado, que sufrió la Nación (y sus demás accionistas) a principios de este gobierno por sus desaguisados. No es lo único. Hay peor.

Por el afán de lo renovable se han dado instrucciones para que la presidencia de la empresa oriente inversiones hacia allá, en desmedro de su centralidad petrolera y de su ROI. Torpeza ideologizada. De renovables se pueden ocupar y se están ocupando otros, cuando los dejan.

Antes era porque las trasnacionales se robaban el crudo, y ahora que ya no se puede decir que se lo roban, no lo quieren. ¡Quién entiende a la extrema izquierda! Ahí se está.